

Quién es quién en La Plata

Aurora Monreal y una gesta pedagógica hecha a pulmón

Su meta eran las bellas artes, pero ingresó al Normal Mary O. Graham porque el magisterio era entonces una carrera propicia para las mujeres. Allí su admiración por los grandes maestros despertó en ella la vocación docente, a la que se dedicó exclusivamente durante toda su vida. Fue una de las precursoras de la enseñanza preescolar en la ciudad, donde participó en una de las experiencias más significativas: el Jardín de Infantes Gral. San Martín. Primero en un modesto

centro de fomento, después en un galpón y finalmente en edificio propio, ese jardín marcó un jalón en la pedagogía platense.

"Yo soy parte de esa obra, no hacedora", aclara Aurora Monreal, pampeana de origen, que contribuyó a esa gesta no sólo educando, sino levantando paredes, haciendo huertas y acarreado piedra por piedra de una escalinata de granito prevista para la Catedral.

Su vida está dedicada al Jardín de Infantes Gral. San Martín. ¿El magisterio fue en Ud. una vocación temprana?

-Yo quería seguir dibujo, pintura. Pero como no tenía edad para ingresar en Bellas Artes, pues no existía el bachillerato, mi padre me indujo a hacer el magisterio, que en aquel tiempo era una carrera interesante para las mujeres.

¿A qué se dedicaba su padre? ¿Era platense?

-Mi padre era fotógrafo. Había nacido en Buenos Aires, de padres españoles que cuando tenía cuarenta días se lo llevaron a España. Al tiempo de enrolarse, fue al consulado argentino y el consúl lo entusiasmó con la Argentina, que en aquellos años era la atracción del mundo. Volvió al país y se radicó en La Pampa, donde conoció a mi madre, italiana de Monterosso al Mare, en la Liguria.

¿Ud. es pampeana?

-Sí, nací en Ralco, donde viví hasta los seis años. En Ralco hice primero inferior con Rosario Garro, puntana, una maestra excepcional.

¿Cómo aparece en La Plata?

-Mi padre se radicó aquí para que mis hermanos siguieran sus estudios. Vivíamos en la calle 9 y 47, frente a la Escuela n° 2. Allí completé la escuela primaria, con maestras como Josefina Pesca. Recuerdo también, aunque no fue maestra mía, a Dolores Corró. Dos maestras de excepción.

Me decía Ud. que a instancias de su padre comenzó el magisterio.

-En el Mary O. Graham, con grandes maestros como Calcano, como Madame Lacoste, como Silvina Gomila de Merlo. Tenía tal admiración por ellos que mi vocación se definió. Yo pensaba: "Si algún día mis alumnos tuvieran por mí el amor que yo tengo por mis maestros, me sentiría realizada". Y tuve la satisfacción de lograr con alguna medida eso.

¿Recuerda algunas compañeras?

-Formamos un grupo muy bueno, fuimos todas muy compinches: Clara Maiztegui, Lina Villegas ya fallecida, Delia Carnelli. Las recuerdo a todas, y cuesta mucho mencionar sólo algunas. Nos hemos querido, nos queremos.

¿Qué pasó con la vocación artística?

-Al terminar el Normal hice el profesorado de dibujo artístico y dos años de mosaico. También allí tuve grandes profesores: José María Rey, Francisco De Santo, Cleto Giochini, Carlos Aragón, Ernesto Riccio, el director Gilardo Gilardi.

Pero al fin triunfó su vocación de maestra jardinera. ¿Cómo ocurrió?

-Al terminar el magisterio el club de madres de la Universidad Popular Alejandro Korn nos invitó a colaborar en una iniciativa interesantísima, de hondo contenido pedagógico y social: un programa de recreos infantiles en los centros de fomento de la ciudad. Y en 1943 comenzamos a trabajar en el Centro de Fomento Gral. San Martín en la calle 22 y 53.



¿Era una labor rentada?

-Totalmente desinteresada, por amor al arte. En ese tiempo no había jardines de infantes, salvo el de la Escuela Normal que se creó con la escuela misma en 1888 y que dirigió la hermana de Miss Mary. Hubo tanto interés en nuestra experiencia que recibimos el apoyo de todo el mundo, en especial de un grupo de maestras jardineras de la Capital, con Rosario Vera Peñaloza a la cabeza. También tuvimos el apoyo de la directora del Jardín de Infantes del Normal, Marta Luisa Roques. Y el club de madres resolvió entonces crear el jardín de infantes, el primero de la provincia. Fue el 1° de mayo de 1944.

¿Quiénes trabajaban con Ud.?

-El grupo inicial quedó reducido a tres personas: Elda Buceta, Nora Fumagalli y yo. Formamos un equipo y estuvimos juntas en esa obra treinta y tres años. ¿Quiere que le diga más? Vinieron a dictarnos cursos y controlar nuestras tareas profesoras del Instituto Bernasconi, como Lucy Von Domselaar de Spangler y Esther Rivas. Teníamos, además, el apoyo del club de madres, presidido por la Sra. de Merlo, y de los dirigentes del Centro de Fomento, como José F. Hernández, Alfonso Araujo y otros.

¿Con qué medios económicos contaban?

-Habríamos comenzado, en el 43, con las mesas grandes del club. Al año siguiente se adquirieron mesitas, sillas, material didáctico y nos prestaron una biblioteca. El club de madres había empezado a pagarnos un viático de cinco pesos, y con ese dinero sacábamos el abono del tranvía y comprábamos cosas para el jardín. El Centro de Fomento nos daba el pan, el club de madres la leche y no recuerdo quién ponía el azúcar y la zuco. Con esa nada les dábamos todos los días la merienda a los chicos.

¿Cuántos había?

-Noventa, cien.

¿Cómo ve ahora, con la perspectiva de los años, ese entusiasmo? ¿Juventud, idealismo?

-Mucho tuvieron que ver los profesores del Normal.

Tuvimos lo que ahora no hay: modelos. Y recibimos una inyección de gente idealista. Teníamos desesperación por leer, nos deslumbraba Olga Cossetini y su notable escuela viva de Rosario. Venían a visitarnos el Ing. Andrés Ringuelet y su señora. Venían los sábados, porque hasta los sábados trabajábamos, y habíamos de los almendros de la calle 22, del ceibo del patio. Teníamos contacto con un español exiliado, José Núñez Búa, que había organizado un teatro de títeres en la UPAK y nos daba funciones en el Jardín. Trabajaba con esos títeres Amelia Sánchez Garrido. Y era asistente social, junto con Sofía Ricci, la esposa del guatemalteco Raúl Osegueda; que después fue ministro en su país. Eran los años 40, cuando la Universidad constituía un centro de irradiación intelectual.

¿Cuándo se oficializa el Jardín?

-La gente del Centro de Fomento entrevistó al interventor Brunglia y, entre otras cosas, pidieron el nombramiento de las maestras. El tema le interesó, pero no había partidas, porque en Provincia no existían todavía jardines de infantes. Entonces nos designaron en la escuela vecina, la 64, con prestación de servicios en el Centro de Fomento. Así salió el nombramiento de las tres: Elda Buceta, Norma Fumagalli y yo.

¿Pero cuándo se convierte oficialmente en Jardín de Infantes Gral. San Martín?

-A partir de nuestro nombramiento, como dependíamos oficialmente de la escuela vecina, el club de madres se abrió, tal vez por celos. Y un día se dicta la ley que organizó los jardines de infantes de la Provincia, creándose el n° 1 en La Plata y el 2 en Berisso. Como nosotros éramos privados, quedamos fuera del régimen. Para los oficiales había grandes recursos y el nuestro seguía dependiendo de la buena voluntad. Éramos el patito feo. Hasta que al fin nos reconocieron y asignaron el número 3, aunque éramos anteriores. Nunca quisimos cambiar el número, porque en ese 3 había algo simbólico; tres éramos las precursoras que

habíamos luchado juntas y con tanto cariño: Elda, Nora y yo. Elda Buceta fue designada directora y cuando se creó la vicedirección ocupé ese cargo. El jardín se había hecho grande: teníamos más maestras, auxiliares, gente muy capaz, algunos con más de veinte años de labor como Marta Papolla, Titina Artega, Alicia Pérez Duprat, etc.

¿Cuándo tuvieron edificio propio?

-Con el correr del tiempo el Centro de Fomento nos quedó chico y conseguimos los galpones del parque San Martín. El terreno estaba lleno de cascotes y organizamos concursos entre los chicos para ver quién recogía más: así limpiamos el terreno. Luego plantamos arbolitos, y como pasaba por la puerta el tranvía 11, hicimos un cerco con piedras de la vieja escalinata de la Catedral, que no se habían utilizado. Eran montañas de granito. El suboficial del regimiento nos consiguió un carro, del que tiraban varios soldados, y así hicimos el movimiento de las piedras: una por una. Fue nuestro deporte invernal, conseguimos también restos de hormigón y levantamos paredes, galerías, el patio. Hacíamos cadenas con el balde desde la directora hasta la portera. Y con el tiempo, por consorcio, se hizo el edificio.

¿A qué atribuye que el Jardín concitara tanto interés en la ciudad?

-Siempre tuvimos una respuesta extraordinaria. En los primeros tiempos, cuando el barrio era de gente modesta (pasaba el tranvía 25 que iba a Berisso), los vecinos nos ayudaron mucho. Luego, cuando trascendió nuestra experiencia, llegaba apoyo de todas partes: profesionales, la gente de la cooperadora como Eliseo García, Boeris, Alfaro, Marrupe, Guillermo Busch, Victorio Santilli.

Pero tiene que haber existido algo más.

-Creo que fue la relación que hubo desde el origen mismo entre las maestras y la comunidad. Lo que costó hacerlo. Por eso lo queremos tanto. Todo lo que cuesta se quiere mucho.

¿Se ha perdido ese idealismo?

-Falta aquel fervor, aquella mística que creó el Normal. Fue el gran hacedor de maestros. Yo no lo hubiera suprimido: en todo caso, le hubiera dado más nivel, si se pretendía eso. Porque no basta con la ilustración, es necesario saber qué es ser maestro.

Aurora Monreal fue jubilada de oficio en 1977 sin haber tenido ni querido otro cargo que el de Jardinera. Tiempo después organizó la guardería del ministerio de Obras Públicas, en la que se quedó hasta hace poco. Ahora dedica su tiempo a la Asociación de Maestros, decana del magisterio argentino, de la que fue presidenta, tesorera y actualmente, secretaria de actas. Con gente de aquel Jardín histórico, sigue proyectando cosas, porque su experiencia dice: puede ser útil. Y concluye: "Sigo soñando con hacer cosas que sean útiles a los niños".

HORACIO CASTILLO